

LA VOZ DE LOS MUERTOS

POR EL AUTOR DE *EL ANTICUARIO*

JULIÁN SÁNCHEZ

Primera entrega de una serie protagonizada por el inspector de la policía barcelonesa David Ossa, quien cuenta con inesperadas aptitudes...



rocaeditorial • criminal

La voz de los muertos

Julián Sánchez

Rocaeditorial

Para Loli, mi madre

PRIMERA PARTE

Escenario

El teléfono móvil suena de madrugada y, adormecido, a oscuras, tanteo la mesilla de noche en su busca. Acabo por encontrarlo, como siempre, y como siempre lo hago tarde, pues su desagradable melodía se detiene apenas unos instantes antes de que mi mano llegue tan siquiera a rozarlo. Una idea concreta se fija en mi memoria, por entre las sombras del ya huido sueño que hasta entonces estaba viviendo: esta llamada, idéntica a tantas otras recibidas a lo largo de veinte años de carrera, va a suponer un antes y un después, uno de esos retos que jalonan una trayectoria y configuran un destino diferente a cualquier otro que antes estuviera previsto.

11

Me incorporo con esa vieja ilusión, como siempre lo hago. Mi mente inconsciente tiende a dominar mis actos incluso cuando estoy despierto, luego es lógico que durante las noches el mundo de los sueños se apodere por completo de mí. Completamente despejado al cabo de apenas quince segundos, me desplazo a oscuras por la habitación, hacia el lavabo. No lo hago gracias a ese conocimiento profundo que los años de pertenencia a un lugar concreto del entorno confieren. No. Hay algo más en esta movilidad que creo elegante. Sí, cualquier observador diría que mi soltura resulta extraña, que mis movimientos son en extremo precisos. Lo son. Tengo una especial sensibilidad a la luz, incluso en circunstancias de casi completa oscuridad percibo mi entorno. Y al hacerlo así me siento fuerte, seguro, diferente, al contrario de lo que les sucede a la mayoría de los mortales, siempre temerosos ante la peligrosa sensación de poder chocar con cualquier obstáculo, tanteando a ciegas en la oscuridad.

Alcanzo la taza y me siento para orinar, todavía a oscuras. La sensación de vaciar la vejiga resulta placentera. He bebido bastante durante la cena, un aburrido compromiso imposible de evitar donde el único placer real consistió en ensimismarme en mi interior mientras hacia el exterior simulaba divertirme tanto como los demás comensales. Aplausos, discursos, chistes, jarana: del restaurante a un bar de copas, luego a otro, y a otro; más tarde, obligado por el grupo, a otro con chicas ligeras de ropa... así hasta que la sensación de vacío se hizo tan poderosa como para proporcionarme las fuerzas suficientes y esfumarme con habilidad, como si nunca hubiera estado allí, como un fantasma debe de pasar junto a los vivos, a lo lejos, sin rozarlos.

12 ¿A qué hora habré llegado a casa? No tengo ni idea. Pero me siento muy cansado, no debo de haber dormido más que un par de horas. Enciendo la luz, frente al espejo. Sigo con los ojos cerrados unos segundos, dejando que la luminosidad de la bombilla, suave al estar cubierta por la tulipa, vaya impregnándome las pupilas. Esto sí que me disgusta, los cambios bruscos de luminosidad. Nunca me gustó en exceso el sol, y los lugares muy iluminados como los bancos o los centros comerciales me resultan incluso hirientes. Voy entreabriendo los párpados, un movimiento suave pero continuo, y mis ojos azules se encuentran a sí mismos en el espejo. Sí, me veo a mí mismo, como siempre: nunca logro separarme de mi rostro, ¡cuántas veces hubiera deseado ser como un lagarto y poder desprenderme de la piel según transcurren los años, cuando el paso del tiempo nos hace tan viejos como sabios!

No. Me contemplo: el del espejo sigue siendo David Ossa Planells, con su misma mirada ensoñadora, la languidez de los labios, una ceja arqueada pero no escéptica, solo aburrida. Barba que crece, cinco días sin afeitarme. Un rostro que solo muestra su verdadera edad a estas horas, cuando llega la mañana y te coge desprevenido, con las defensas bajas. Más tarde pareceré otro, más joven, más fuerte, más competente.

Siento un horrible sabor de boca a alcohol, tabaco nunca, ni de fiesta, lo odio. Un rastro de dolor de cabeza: me siento heroico, debería tener un gigantesco tambor resonando en el interior del cerebro, pues no tolero bien el alcohol, me causa más problemas que beneficios. Ducha. Una ducha para aclarar la

mente y regresar al mundo de los despiertos, de los conscientes. La tomo con rápida eficacia, con movimientos precisos: el agua recorre mi cuerpo, casi hirviendo, y hace aumentar velozmente la temperatura de la piel, las manos presionan los músculos ya algo envejecidos pero todavía más que bien definidos, el cuerpo entero fibroso. Dejo que la espuma se deslice desde el cabello hacia el resto del cuerpo y concluyo el aseo con dos minutos de agua helada capaces de desmontar a cualquiera que carezca de semejante costumbre.

«El mundo es mío.» No me conformo con pensarlo, realmente lo siento cada vez que la energía del nuevo día se me desboca por dentro. Secarme con fuerza, para recuperar el calor. Ahora la ropa, algo ligero y un jersey ancho que oculte la placa y la pistola; nunca una americana, me desagrade el aspecto oficioso de policía. Desayuno, imprescindible: medio litro de leche, algunos sobaos que me mandó días atrás mi hermano desde Santander. Desayunar fuerte me es más necesario incluso que la ducha. Qué menos que ofrecerse a la vida con el deseo de sentirla, aunque te esquive, aunque se ría de ti, aunque juegue luego con tus intenciones. Todo es actitud. Actitud, aptitud, confianza, certeza... ¿Todo ilusiones? Sonríó al pensar esto.

13

Bajo por la escalera cuando el móvil recupera mi atención. Una segunda llamada me urge. La ignoro. Sé de quién se trata, nadie más tiene ese número, excepto algunos compañeros y, lógicamente, la comisaría. No me molesto ni en comprobar la llamada entrante. A estas horas supone trabajo y, en mi caso y en este momento, equivale a muerte.

Muerte. Mi enemiga. Mi rival. Mi futuro, como será el de todos. Pero un futuro que ha de llegar en su momento, sin brusquedad, no de esta manera, con violencia. Contra esa muerte, la que llega de improviso, solo puedo combatir, con la esperanza de encontrar una explicación, un culpable, pero, especialmente, un consuelo para los allegados. Restaurar la confianza, el orden, ese es el objetivo. Y cuando la víctima carece de allegados, yo ejerzo ese papel. ¿Quién no merece que se llore?

Coche. Movimiento. Las seis de la mañana, el reloj del automóvil así lo indica. No amanece, aún es pronto, estamos en enero aunque no lo parece, no hace frío: maldito cambio climá-

14 tico; me gusta la lluvia, me gusta el frío, cada estación tiene su significado, hoy en día todo se borra, los contornos de lo material y de lo inmaterial tienden a esfumarse, a confundirse, a confundirnos. Circulo con alegría. Vivo junto al hospital de Sant Pau: desde mi casa se divisan las crecientes torres de la Sagrada Familia, que se yerguen desaforadas hacia los cielos en busca del Padre Amado. Antes eran más hermosas, eran solo una promesa. Cuando las promesas se cumplen comprendemos que el sueño es mejor que la realidad: ojalá el templo expiatorio hubiera seguido siendo el mismo que Gaudí dejó sin acabar. Calle Mallorca hasta Pau Claris, giro a la izquierda, directo hacia la Via Laietana. Un camino sin dificultad, no hay tráfico, la ciudad duerme, excepto los que velan, los que cuidan, los que protegen. Decido no respetar los semáforos, pero no coloco la sirena en el techo: me gusta la sensación de avanzar saltándome los discos rojos, me siento un pillo, como si tuviera otra vez quince años, como aquella vez de veraneo que le quité a escondidas las llaves del coche a mi padre para irme con mis amigos al pueblo de al lado, ¡menudo corte cuando nos cazó la Guardia Civil, menudo paquete! No hubo multa, pero sí un guantazo de órdago de mi padre, suficiente para colmar los deseos de orden del hombre del tricornio en la casa cuartel de Calafell. Lo recuerdo y me río de nuevo, menos que una carcajada, pero bastante más que una sonrisa. Quién iba a decirme que acabaría siendo un «compañero», como llamamos entre nosotros a los miembros de las fuerzas y cuerpos de seguridad del Estado. Es una palabra sagrada para todos los policías de todos los cuerpos.

A la altura de la plaza Urquinaona, un coche de la Guardia Urbana me lanza destellos luminosos, se aproxima con energía, he cruzado la Gran Via casi sin mirar y con el semáforo completamente en rojo. Extraigo la sirena y la enseño por la ventanilla. Los urbanos son rápidos y lanzan un nuevo destello, esta vez como cómplice despedida: paso franco a los nuestros. Llego a la comisaría. La Via Laietana es un desierto, me gusta contemplarla a esas horas, cuando muestra su verdadero ser, ese que esconde durante el día, repleta de tráfico y de turistas; ya no quedan barceloneses, o hay pocos, todo son extranjeros cargados con cámaras de fotos, fáciles presas para los

descuideros del barrio. A veces los he visto actuar en vivo, circulan disimulando por la calle Condal, o en Plateria, o por Ferran. Cuando conoces sus hábitos te recuerdan un poco a los buitres: señalan el lugar en círculos cada vez más pequeños, según descienden hacia los despojos, con prudencia; una vez incluso detuve la mano de uno de ellos en el momento que iba a introducirse en el bolso de una japonesa. En el barrio le llaman el Rata porque es pequeño y escurridizo. Me miró sorprendido, todo un señor inspector deteniendo un robo de poca monta. Lo dejé ir con una sencilla mirada, la japonesa ni se apercibió del peligro pasado. El Rata, perplejo, confundido más por la intención secundaria que por la acción en sí misma, se retiró agachando la cabeza: esos turistas están hoy protegidos, dadles paso libre, tendrán una tarde tranquila.

No es un juego. Actúo así sin poder evitarlo. Parece un juego, pero no lo es. O eso creo. Soy imprevisible. Mis superiores también lo saben. Solo uno de ellos me conoce mejor que los demás: es el único en quien tengo una confianza total, el comisario Rosell. Él sabe. No todo, solo parte, como también sabe mi subinspector: Joan Rodríguez. Únicamente ellos. Para los otros podría ser el mejor jefe, todos me aprecian, pero tengo un «don»: me meto en la cabeza de los malvados y los rastreo como ni el mejor de los sabuesos podría hacer, ayudado por esa parte de mí que me hace diferente de los demás, es algo inherente a mi ser, en el fondo pienso que quizá no soy muy diferente a ellos, por eso logro tan alto porcentaje de éxitos. Con mi historial podría aspirar a algo mejor. He tenido ofertas en ese sentido, pero no lo deseo. Además, me resultaría muy difícil trabajar en otro lugar que no fuera mi comisaría de barrio, mi sistema de investigación es demasiado peculiar para funcionar en un entorno tan amplio y regular como el de las unidades de investigación especializadas.

La calle me gusta, aunque la muerte, la de las minúsculas, me repele, me hiere. ¿Un despacho? ¿Dirigir a mis compañeros? Adoro mi ciudad. Me enloquece Barcelona. Necesito su contacto, sentirla en la piel, abrir los poros a su contaminación y dejar que, junto al hollín de los coches, entre la otra, la contaminación del alma, la que corroe, la que corrompe.

Aparco el coche frente a la comisaría. El número de guar-

dia, un joven recién salido de la academia, me saluda formal, se cuadra. Pido con un gesto vago que se relaje, aunque entiendo al chaval, es inevitable, aún piensa que el respeto depende exclusivamente de las formas, es muy joven.

—El subinspector Rodríguez le está esperando.

—Gracias.

He llegado. Me espera un nuevo caso. Me espera un nuevo reto. Me espera, de nuevo, la muerte, mi vieja enemiga.

Ahí llega mi jefe, el inspector David Ossa. Sorprendente su buen aspecto, dinámico, centrado, tanto que no puedo evitar señalarlo:

—A veces pienso que duermes con un ojo abierto. Te he llamado no hará ni veinte minutos y llegas duchado, y seguro que hasta desayunado. Y además, ¿no era anoche cuando ibais a celebrar el ascenso de Gerardo a la Unidad Central de Inteligencia?

—Fue anoche, sí.

—Lo que te digo, tienes más de lechuza que de persona.

—Qué tenemos, Joan.

Como siempre, David apenas pregunta, las más de las veces parece afirmar. Es una extraña forma de mantener una conversación en la que se recaban datos; nunca le he preguntado sobre esta peculiar manera de interrogar. Como todo en esta vida, tendrá su explicación. Algún día lo averiguaré.

—Aún no estamos seguros. Nos llamaron unos vecinos hará dos horas, los del piso superior al escenario. Oyeron lamentos, quejidos, sufrimiento. Sintieron miedo. Enviamos una patrulla, nadie abrió la puerta. No contestaban al timbre. Decidieron usar la palanca y forzar la entrada. La casa estaba a oscuras, la luz no funcionaba.

—¿Dónde?

—Un piso viejo, de esos enormes de techos altos, detrás de la plaza Reial, en Escudellers.

—Sigue.

—Entraron con prudencia, el recibidor parecía normal. Pero el número veterano desconfió, dijo que olía a sangre.

—¿Quiénes eran?

—La patrulla de Grimau y Clemente: un veterano de los serios y un joven recién incorporado.

—Continúa.

—Grimau pidió refuerzos incluso antes de pasar al pasillo. Avanzaron con la pistola desenfundada, Grimau delante y Clemente a su lado. El viejo no se fiaba de llevar detrás al chaval, demasiado novato, con una pistola bailoteando detrás de su cabezota. Esas casas, con la luz de las linternas, impresionan, demasiado espacio oscuro y apenas un rayo de claridad para iluminar la negrura.

—Muy poético.

—Y tú, muy simpático. Llegaron a la altura de la primera habitación y encontraron un rastro de sangre que venía desde el interior de la casa hasta la puerta. Estaba entreabierta y Grimau la empujó con el brazo para abrirla. Le costó hacerlo, como si hubiera algo en suelo, tras la puerta, que impidiera deslizarse la hoja. Con las linternas iluminaron un cadáver; Grimau decidió regresar al recibidor y reclamar los refuerzos con urgencia.

18

—Espera, espera. Primero, el cadáver. Cómo sabía que estaba realmente muerto.

—Grimau consideró que se trataba de un cadáver, básicamente, porque estaba destrozado.

—Concreta.

—Destrozado. Hecho pedazos. No es una imagen, es una descripción literal.

—Bien, ahórrate la ironía y dime por qué tanta urgencia para los refuerzos.

—Desde el pasillo observaron con las linternas que había otras tres puertas y que en cada una de ellas podía verse un rastro de sangre idéntico al primero. Según Grimau, aquello hedía a sangre. Había demasiada. Es un veterano de sesenta y dos años, tiene callo y ha visto de todo, no son sus primeros muertos. Pero esto fue demasiado. Se sintió impresionado, dijo que aquello estaba más allá de su experiencia. Decidió retirarse, controlar la entrada y no pisotear el pasillo estando a oscuras para no confundir posibles pruebas.

—Eso sigue sin explicar su urgencia.

—Bueno..., dice que sintió miedo. Pero pongo la mano en el fuego por él: ese hombre es historia en el cuerpo.

—No lo defiendas, no es necesario. Conozco bien a Grimau y sé bien lo que vale. Cualquiera puede sentir miedo, y más si te quedan meses para la jubilación. ¿Dónde están?

—Te esperan allí. Después de comunicar con la comisaría montaron guardia en el rellano hasta que llegaron dos coches de refuerzo, solo entonces aseguraron el escenario. Únicamente faltas tú. El forense iba de camino, supongo que ya estará allí. Del juez de guardia, lo de siempre: están de guardia, pero son los últimos en llegar.

—Vamos.

Cuatro rastros. ¿Cuatro muertos? Un cadáver destrozado. Hecho pedazos, eso me dijo Grimau cuando hablamos por teléfono, así se lo he transmitido a David. ¿Será posible? Esto es demasiado, espero que nos estemos equivocando, que todo esto sea menos de lo que esperamos. De no ser así superaría cualquier otro escenario que yo haya vivido antes. ¿Le ocurrirá lo mismo a David? Me lleva casi veinte años de experiencia y se trata de uno de los mejores inspectores de policía del país. Pero esto no, esto es demasiado. En cualquier caso una cosa sí tengo clara: un escenario semejante solo podría resolverlo alguien como él.

David conduce por la Via Laietana. Voy sentado a su lado, soy su mano derecha, el hombre en quien confía. Los primeros vehículos comienzan a circular con rumbo al trabajo con su carga de personas normales, ajenas a esta tragedia. David instala la luz en el techo, no es que tenga prisa, ya que sigue conduciendo a una velocidad moderada, me da la sensación de que fundamentalmente siente curiosidad, así se mueve con mayor agilidad. Gira en Jaume I. Ahora atraviesa la plaza Sant Jaume y ahí está Raurich. David reduce la velocidad, esta calle es casi peatonal, no vaya a aparecer un imprevisto peatón y tengamos un disgusto. Raurich atraviesa la calle Ferran. Al otro lado cambia de nombre y se llama Escudellers. Apenas tiene cien metros en este lado, ¿dónde es? Ahí, los coches zeta señalan el portal. Han cortado la calle con cinta para impedir el paso a los peatones. Más allá hay un coche civil aparcado, el forense ya habrá llegado. Bajamos del automóvil, los números se cuadran.

«Ha llegado el jefe, todo va a ir bien, podemos respirar un poco»: juraría que puedo captar sus pensamientos, al fin y al cabo es lo mismo que pensaría yo si estuviese en su lugar. Uno de ellos está sentado en el suelo, con la espalda apoyada en la pared, un compañero habla con él, parece mareado, ¿quizás ha llorado? Sí, se nota el nerviosismo, más que notarse se palpa, es frecuente que así sea, incluso los vigilantes pueden sentir inquietud si falta su ángel guardián. Ahora que ha llegado tendrán un rumbo que seguir. Pero esta vez parecen demasiado inquietos, resulta extraño, esta vez hay algo especial en la atmósfera de lugar. ¿Qué será?

¿Cuatro cadáveres?

El cabo sale en este momento por la puerta, se acerca, su paso es también nervioso, como si quisiera venir hacia David y a la vez no hacerlo. Mi jefe toma la iniciativa.

—Cabo.

—Inspector Ossa.

—Sitúeme.

20

—Llegamos como refuerzo tras una petición de radio de Grimau a las 4.55. Como apoyo a los compañeros entramos con prudencia en la casa. Era zona expuesta. Según Grimau no había garantía de seguridad, aunque en los diez minutos que llevaban de espera no oyeron nada. Seguimos el protocolo de intrusión asegurando el piso en dos sectores y avanzando de habitación en habitación.

—¿Todo despejado?

—Sí. Bueno, estaban los cadáveres.

—Cuántos.

—Cuatro.

—Estado.

—Pues... estaban, estaban... Bien, estaban muy dañados.

David guarda silencio analizando sus palabras. Cuatro. Sí, maldición, cuatro. Pese a haber estudiado la historia criminal reciente de la ciudad realmente no he conocido nada semejante. Sigamos con nuestro asunto. También el cabo está tocado, y no me extraña. David no dice nada, sigue su costumbre, y yo soy una sombra a su lado. Pero si para nosotros se trata de un silencio reflexivo, para el cabo resulta incómodo, forzado. Está esperando una salida. Tardo unos instantes en compren-

der su apuro, toda mi concentración se centra en analizar el entorno: en este primer momento hay algo que no cuadra, todo resulta en exceso anormal. David parece reaccionar de repente, dispuesto a facilitar la labor del cabo.

—¿El forense?

—La forense. Con un equipo completo. Llegó poco antes de las seis. Ha comenzado el análisis del escenario.

—¿Y Grimau?

—Arriba, esperando su llegada.

—Subamos.

La forense. María Urquijo. Tenía que ser ella. En realidad debí saberlo nada más ver el coche. No es nada ostentosa, siempre utiliza el más pequeño disponible. Es la guinda que faltaba para adornar el pastel. David: el inspector; María: la forense. Son pareja. No lo sabe nadie, en realidad no debería saberlo ni yo. Pero lo sé. Esas cosas siempre se saben. Mi relación con David es muy buena. Aunque somos reservados en lo personal, los detalles de una convivencia diaria tan estrecha no pueden obviarse. Llamadas. Correos. Sonrisas. Una evidente complicidad.

Pasamos adentro. Observo un esbozo de incomodidad en David, una nube pasajera que no tarda en desvanecerse. ¿Será ese el precio de su salida nocturna o quizás hay algo más? Subimos. Escaleras arriba. Tercer piso, sin ascensor, no hay portero ni vecinos a la vista. Parece la letra de un tango. Discépolo comprendía el alma humana, por eso sus tangos llegan tan adentro. Cómo me gustan los tangos, desde que era un chaval y mi padre los escuchaba en casa, realmente los adoro. Desconchones. Alguna pintada, no grafitis, simples trazos de mano inexperta, de chaval gamberro disimulado entre la comunidad. Suciedad, menos, pero la hay. ¿Vecinos ausentes? Eso también es raro, suelen asomarse; otras veces los agentes ya los estarían interrogando. Ahora no se ve un alma que no vaya de uniforme. El edificio es como tantos otros del barrio: fue señorial un siglo atrás, ahora está en una zona ocupada por emigrantes o por gente modesta del país; pocas son las familias de toda la vida que continúan residiendo en Ciutat Vella, y eso que en

este lado de las Ramblas todavía se mantiene cierto nivel: la plaza Real no es el vertedero de desperdicios humanos que fue allá por los años ochenta. Rellano del tercero, dos puertas: una cerrada, la otra abierta. Cuatro números montan guardia. Grimau y Clemente nos están esperando. El viejo se ha quitado la gorra, la tiene en la mano, está muy arrugada, con toda seguridad la ha retorcido. Todos se cuadran, pero sin ninguna energía: expresan una cansada formalidad. Conozco a mi jefe, sí, sé bien lo que hará ahora, querrá hablar con Grimau a solas, lo hace con su acostumbrada naturalidad, ordenando sin que los destinatarios de sus órdenes lleguen siquiera a percibirlo.

—Aquí hay demasiada gente, obstaculizamos a los forenses. Ustedes despejen esta zona, esperen abajo. Grimau, acérquese.

—Inspector.

—No quiero un informe al uso. Solo dígame por qué no siguió el procedimiento.

Una breve pausa, le cuesta arrancar, una vez que lo consigue las palabras surgen a borbotones.

22

—No sabría decirle. Entramos en la casa tras forzar la puerta con la palanca y olí la sangre, el pestillo estaba echado, la palanca lo rompió. La casa estaba caliente, como si los radiadores hubieran estado en funcionamiento toda la noche, rompí a sudar, mucho. Entramos para comprobar si estaba despejado, pero la luz no funcionaba, así que pedí refuerzos, aquello me daba mala espina, no estaba claro que, en caso de haber sucedido lo peor, no fuera a estar el responsable dentro. Avanzamos por el pasillo hasta la primera puerta, allí encontramos un cuerpo, lo iluminamos con nuestras linternas. Y entonces..., yo...

—No se preocupe. ¿Por qué retrocedieron?

—Sentí miedo.

—Bien. Eso ya me lo ha dicho el subinspector Rodríguez. Pero lo que quiero saber es qué tipo de miedo sintió.

Grimau lo mira, sorprendido por la pregunta, también a mí me ha dejado algo descolocado, pero menos; al fin y al cabo trabajo codo con codo con David desde hace cierto tiempo: estoy acostumbrado a lo que muchos llaman excentricidades. En realidad son solo aparentes manías que no enturbian lo operativo.

Siempre me ha sorprendido su querencia a esas preguntas extrañas que, sin embargo, acaban por guardar un sentido, por poseer un orden propio, seguro que eso también ocurre ahora. Grimau, desorientado, no sabe o no puede contestar. David se muestra compasivo, otorga algunas pistas.

—Oscuridad. Silencio. Incertidumbre. Muerte. Peligro.

—No, no. No era nada de eso. Bueno, un poco de incertidumbre siempre se siente cuando entras en un escenario sin despejar, pero no más que otras veces. Al fin y al cabo íbamos armados.

—Siga.

—Era algo como... Como si todo lo que hubiera dentro fuera demasiado grande para nosotros, como si, como si..., como si nuestro lugar no fuera aquel, como si aquello no estuviera destinado a nosotros. Lo siento, me cuesta, no puedo explicarme mejor.

Qué extraño. David asiente, muestra una leve sonrisa, su conformidad serena el ánimo de Grimau, sus manos estaban de nuevo retorciendo la boina según hablaba. Un cerco de sudor impregna ambos sobacos y parte del cuello de la camisa azul, y el jersey no llega a ocultarlo, sino que lo acentúa. Realmente se le ve muy tenso. ¿Qué habrá querido decir?

—Está bien. Quédese tranquilo. Váyase a la comisaría y realice el informe antes de marcharse a casa. Joan, entremos.

Le sigo como una sombra, en silencio, soy una esfinge, un mellizo. No, un mellizo no, no nos parecemos; mejor: un gemelo dicigótico. Me divierte esa palabra. Recuerdo la medicina forense, de la época de la facultad. Me fascinaban las clases prácticas en la facultad, junto al hospital Clínic, aquellos legendarios frascos de los sótanos repletos de deformidades, de seres tan extraños que difícilmente podían llamarse humanos. Uno de los frascos contenía dos de esos fetos, se daban la espalda: así me siento muchas veces con mi inspector. Somos un binomio, cada uno ve una parte del total; a veces coordinamos nuestra percepción y todo va sobre ruedas; otras veces nos cuesta más y no logramos entendernos. Sé que mi silencio siempre le estimula, aunque al principio le parecía incluso abyecto, hasta que aprendió a conocerme y a comprenderme.

Hoy valora mi atención, subordinada a la suya, siempre en estado de alerta, hurgando en los detalles. Nunca le estorbo. Siempre estoy atento. Soy un hombre fiel. Un hombre en quien puede confiar.

Entramos. La luz está encendida. El escenario nos está esperando.

El recibidor está ocupado. Huele a sangre, sí, y la hay en abundancia. El suelo está repleto de huellas rojizas, los refuerzos no pudieron evitar pisarla al asegurar el escenario. Mal asunto. Veo una gran toalla, en una esquina, completamente empapada, allí se habrán limpiado los pies antes de salir a la escalera. Comprendo a Grimau. Otros dos policías esperan dentro. No están solos. Otro cabo, Anglada, y dos civiles más, los ayudantes de la forense. Anglada me saluda, le indico que guarde silencio llevándome la mano a los labios, quiero intentar captar los detalles, comprender la atmósfera. Demasiada gente para semejante espacio, estamos apiñados, más que en el rellano. Los forenses a lo suyo: sacan fotos de la ventana que da al patio de luces. Los cristales están enteros, la manilla echada, no está forzada, eso es mala señal: si se detienen en puntos de acceso tan al principio de la investigación, quiere decir que hay problemas a la hora de determinar por dónde accedió el o los posibles asesinos... ¿Accesos o salidas? Veremos.

Avanzo por el pasillo de la derecha. Han tendido una cinta junto a la pared que nos permite avanzar hacia la sala, es estrecha, vamos en fila de uno. Un largo plástico fijado apresuradamente con esparadrapo cubre el suelo, apenas interfiere en los rastros de sangre, que van pegados a la pared contraria del pasillo. De ese plástico nacen otros cuatro plásticos afluentes que penetran en las habitaciones. Me detengo frente a la primera puerta. Un flash nace al fondo: en el salón debe de haber otro

forense tomando testimonios gráficos. Dentro veo a una mujer en cucullas, con los zapatos envueltos en fundas de plástico; nos da la espalda, parece estar recogiendo algo con unas pinzas y en la mano derecha lleva un bote de cristal de gran tamaño. Es esbelta. Recuerdo su piel, blanca, suave, tantas veces acariciada. Apenas lleva una blusa. Realmente el calor es insoportable. Me quito el jersey para atármelo a la cintura y las mangas me cubren la pistola. Por detalles semejantes han muerto compañeros, pero aquí no hay ya peligro alguno, la muerte estuvo pero ya se fue. La forense no se ha apercebido de mi presencia, no le veo el rostro, pero conozco su concentración, adivino los finos labios fruncidos, los párpados sin pestañear, una profunda meditación asegura cada gesto, cada movimiento, hay algo religioso en su actitud, es una devota de su oficio tanto como yo lo soy del mío. Tengo que hablar con ella. Deseo hablar con ella. Y necesito hablar con ella.

—Hola.

26 La forense se incorpora, no sin antes dejar delicadamente el frasco en el suelo y las pinzas en su interior. Escoge con cuidado el lugar donde pisar antes de moverse y se da la vuelta. Su belleza es peculiar, la esconde, la oculta, ¿quizá la preserva? Lo sé, es esto último, no en vano la conozco mejor que cualquier otra persona en este mundo, conozco algunos de sus secretos, no todos. María es reservada en cualquier circunstancia, un pozo sin fondo, no cabe olvidar que es una mujer madura. Ellas siempre esconden un interior inabarcable para los hombres. María dice que no es así, que lo que realmente ocurre es que los hombres y las mujeres tenemos códigos separados, somos conjuntos disjuntos. Los hombres también somos complejos. Sus labios se entreabren, las palabras surgen melódicas, la voz es algo grave, poco femenina dicen algunos, pero sólida, tiene fundamento, revela sus cimientos, hay hondura en ella.

—Tú, David. También Fuentes estaba de guardia, pero tenías que ser tú. Este caso solo podía ser tuyo.

—Dime, María. ¿Qué ha pasado?

—Me parece que tendrás que esperar por lo menos cuarenta y ocho horas para tener el informe preliminar.

—Tanto.

—Sí.

—Necesito una aproximación.

—Me temo que hay más preguntas abiertas que respuestas disponibles.

—Hazlo.

—Todo comenzó en la sala. Eso creo. Sígueme.

María toma la delantera, estamos en su terreno, en este momento es la reina. Sé mucho de su trabajo, soy mucho más que un forense aficionado, pero mi papel ahora es otro. Según la sigo, nuestros pasos van acompasados, una sombra con otra sombra detrás, un baile silencioso. Me doy cuenta de un detalle, ¿cómo es posible que mi mente no lo haya captado hasta este instante? No es cierto, sí lo había captado, pero no había procesado la información: la luz está encendida. Grimau dijo que no funcionaba. Levanto la barbilla para comprobar la fuente de luminosidad, el pasillo tiene dos flexos, en cada habitación hay una fuente de luz propia, desde el techo. No lo comprendo, pero decido guardar esta información hasta que María haya acabado su trabajo. Pasamos junto las habitaciones, me obligo a no mirar en su interior, me cuesta un verdadero esfuerzo no hacerlo. Llegamos a la sala. Es enorme, como todo el piso, de otra época, quizá tenga unos cuarenta metros cuadrados. Todo está en aparente orden, pero cubierto de sangre: verdaderos chorreones salpican las paredes, aquello ha debido de ser una salvaje orgía de destrucción, una masacre. La palabra «sacrificio» se forja espontánea en mi mente. Otro fotógrafo busca elementos concretos y dispara su cámara, ajeno a nuestra presencia.

27

—Aparentemente aquí comenzó todo. En el centro de la sala se encuentra la mayor concentración de sangre, es un charco de unos tres metros cuadrados. La alfombra está empapada y es gruesa, puede que contenga unos dos litros, quizá más. Hay un charco secundario en aquella esquina, junto a la ventana: quizás alguien intentó acercarse a la ventana y lo ejecutaron allí.

—¿Por qué dices «ejecutado»?

—Lo dije sin pensar, pero quizá no vaya desencaminada. Quiero decir que empleo la etimología de la palabra en su sentido culto. Quien o quienes lo hicieran completaron una acción compleja elaborada desde su mismo estímulo inicial, a esto me

refiero. Todo parece muy exacto, como verás al reconstruir la secuencia de los hechos.

—¿Cuántos asesinos?

—Para eso no hay respuesta. ¿Cuántos hombres serían necesarios para matar a cuatro personas de aproximadamente unos treinta y cinco años si estas se resisten?

—¿Hombres?

—Sí, claro. Hace falta fuerza. Enseguida te lo demostraré.

—Quizá se trató de muertes voluntarias. Un ritual. Un sacrificio, como dijiste antes.

—En su forma externa, podría serlo. Pero hay muchos interrogantes que no lo permiten confirmar. Observa la paredes, la mayoría de los chorros de sangre son demasiado altos, el o los instrumentos tuvieron que ser empleados por personas incorporadas, posiblemente en movimiento, golpes laterales o hacia arriba, como si emplearan una espada o un hacha.

—Espada, hacha.

—Son ejemplos. No hay armas reconocibles. De momento no hemos encontrado nada.

28

María y Joan me conocen bien, respetan mi silencio. Observo el gran salón. Mi mirada se desliza, ordenada, fijando los detalles. Tengo una memoria compleja, no solo fotográfica, sino que tiendo a establecer relaciones automáticas, para lo que debo estar profundamente absorto en los objetos incluso nimios; así funciono. Comienzo, por tanto, a observar. Las cortinas están echadas, surcadas por sangre, nadie pudo ver nada desde el exterior; una pena, incluso de madrugada hay personas desveladas, aburridas, que se asoman a las ventanas para ver cómo la noche desgrana lentamente sus minutos: personas perdidas, personas abandonadas, muchas veces testigos que ofrecen salidas a los hombres de la ley. No habrá nada semejante, estaremos solos con los datos.

Mi mirada sigue realizando su trabajo. Las marcas suben hacia el techo, y no son precisamente pocas, se forma un dibujo enrevesado, parece querer decirme algo, pero esas formas se me escapan, quizá la solución llegue más tarde. Hacia abajo ahora. Los muebles. Una esquinera. Una librería repleta de trastos y con unos pocos libros. Una mesa con cinco sillas y un florero encima. Un sofá en forma de ele, enfrente un televisor,

viejo modelo, pero de pantalla grande. Otro elemento de extrañeza. Todo está en orden. No hay muebles movidos, no hay sillas caídas, los cuadros están bien colgados. Cuatro personas muriendo una tras otra, o todas a la vez, ¿sin lucha? Entonces, solo puede tratarse de un ritual, qué si no. María me está mirando, no tiene que señalar lo obvio, comprende que lo he captado. Otro elemento de extrañeza: si los cuatro murieron en la sala, si todo está en perfecto orden, ¿los asesinaron sobre la alfombra, en el centro de la sala, excepto el de la esquina? ¿Para qué trasladarlos hasta las habitaciones? ¿Qué permite a cuatro personas morir de semejante manera? Nada parece encajar. Los vecinos oyeron gritos, gemidos, por eso telefonaron al 112. Quien muere gritando no muere entregado, nadie se deja matar quitecito si puede huir; si está atado o agarrado, se puede entender, pero ¿sujetar a cuatro personas a la vez?

—Vayamos a la primera habitación.

—Id vosotros. Dejadme aquí un minuto aquí, solo.

Es entonces, cuando María y Joan abandonan la sala, cuando sucede. Siento un escalofrío, intenso, poderoso, nace en mi espalda, en el eje dorsal, baja por la columna hacia las piernas, se extiende hacia los brazos, alcanza las manos, llega a las rodillas; la piel se me eriza con una intensidad increíble. Recuerdo aquellas veces que, aún siendo niño, acompañaba a mi madre a la peluquería y alguna de las jóvenes aprendizas me masajeaba el cuero cabelludo, pero si aquello proporcionaba placer, este escalofrío es de temor, la respuesta instintiva de un animal. Ahora no es un hombre quien contempla el salón, surge una reacción atávica, y como tal, no puedo racionalizarla ni comprenderla, solo experimentarla.

Mi cuerpo está comprendiendo. El escalofrío se mantiene, persiste. Mi parte racional, siempre presente aunque en segundo plano, pese a estar ahora adormecida, pugna por recuperar el control, por acabar con esta situación extraña. Los flashes del fotógrafo iluminan sin descanso la habitación. Según se sucede la serie de fotografías, la habitación parece cobrar una dimensión diferente. Otro recuerdo infantil, poderosísimo: me tumbaba en la cama y, después de mirar de frente la bombilla, cerraba los ojos en una habitación a oscuras, entonces las dimensiones de esta se modificaban, los contornos de los objetos

impregnados en la pupila refulgían con fuerza, como si su verdadera luz interior surgiera solo entonces, como si lo real no fuera lo real, como si lo real fuera lo apenas entrevisto.

La sensación se acrecienta, los segundos parecen congelados, me parece que debo intentar mantener el escalofrío, como si fuera una llave. La puerta cerrada de las preguntas ofrece un resquicio para que observe. El tiempo se ha detenido, quizá pudiera no solo eso, quizá pudiera volverlo atrás, juraría que depende de mi voluntad. Me esfuerzo, lo intento, y todo parece retroceder: las manchas desaparecen, las paredes quedan limpias, también las cortinas, y el techo, veo entonces unas formas borrosas, son cuatro, están de pie; hay algo más, un nuevo flash, hay otra forma, el escalofrío se acentúa, todo mi cuerpo parece deshacerse, jamás sentí semejante sensibilidad, ¿qué me está pasando?

Una voz rompe el hechizo. Me llama María. Las imágenes se esfuman; intento retenerlas, asirlas, se me escurren. Entonces siento una burla, quienquiera que fuese parece reírse, como si esperara tal resultado, como si deseara que hubiera sentido su presencia. Es una suave carcajada. Hierde el tono, hierde dentro, hierde hondo.

Abro los ojos. Cualquiera que pudiera observarme diría que mi mirada es extraña. Un nuevo escalofrío, apenas un eco de los anteriores, recorre mi espina dorsal.

Esta vez sí tuve razón al despertarme. Existe un reto. Un destino. Este caso será único.